



Patronato de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

Gerónimo

PÉREZ  
DEL  
Pulgar

A-1  
1  
14

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJO DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

A-1  
1  
14



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

30

**Fernan Perez del Pulgar,**

**EL DE LAS HAZAÑAS.**

**POR**

**Don Francisco Martinez de la Rosa.**



**JUNTA DE ANDALUCÍA**

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**

SE HALLA ESTA OBRA EN MADRID.

Librerías de { Sojo, calle de Carretas.  
BRUN, frente á las gradas de San Felipe.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



*Fran.<sup>co</sup> Carriquer y Ferrer lo dibujó en Granada.*

*Grab.<sup>o</sup> por A. Sivaldas año 1855.*

## HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

El de las hazañas.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

EL DE LAS HAZAÑAS.

BOSQUEJO HISTORICO

POR

D. Francisco Martinez de la Rosa.



La fama de los pasados  
 Reprehende á los presentes :  
 Ya tales somos tornados,  
 Que el mentar los enterrados  
 Es ultraje á los vivientes.

(En el sepulcro del Conde D. Pedro Ansures,  
 existente en la Catedral de Valladolid).



MADRID: FEBRERO 1834.

IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

## ADVERTENCIA.



ESTE bosquejo histórico, que lleva por título el nombre de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, contiene un breve resúmen de la vida y proezas de aquel esclarecido varon, que no ha alcanzado hasta ahora, al menos que yo sepa, la fama y nombradía de que se hizo merecedor; debiendo confesar por mi parte, aunque con rubor lo confiese, que cuando de vuelta estos últimos años á mi patria, vi representar en el teatro de Granada, con el gozo que escitan los recuerdos de la niñez, la toma de aquella ciudad y *el Triunfo del Ave María*; cuando ví aparecer en la escena á Hernando del Pulgar, penetrar en el seno de una capital enemiga, y pegar fuego con una hacha encendida á mezquitas y plazas, saliendo sano y salvo de entre la confusion y el tumulto, aplaudí con buen ánimo el celo del poeta en presentar á la vista del público hechos tan portentosos para realzar la gloria castellana; pero me quedó el escozor de que fuesen parto de su inventiva, contando sobradamente con la indulgencia de los espectadores.

Sospeché no obstante que tal vez aquel hecho, aunque abultado con ficciones y fábulas, tendria algun fundamento de verdad; confirmándome en ello



lo que en la propia comedia se expresaba, y de que habia quedado en Granada una confusa tradicion; á saber : que el mismo **Hernando del Pulgar** por premio y galardón de sus servicios habia pedido á los **Reyes Católicos** *los molinos del reino de Fez*. Imposible me parecia que una especie tan singular y peregrina fuese mera invencion ; y como que advertia en aquella generosa propuesta el sello de la nobleza y altivez castellana en aquellos venturosos tiempos, de que no queda sino amarga memoria.

Por salir de una vez de mis dudas é incertidumbre, rogué al actual **Marqués del Salar**, poseedor de la casa de los **Pulgares**, que me franquease su archivo : **hizo** de buen grado, y apenas satisface mi curiosidad, y saqué varios materiales para otra obra que traigo entre manos, creció en mí la codicia y afán de beneficiar aquella mina.

Varios y muy preciosos fueron los documentos que encontré en dicho archivo, y por lo mismo me dolió más la falta de otros, no menos importantes, sin los cuales no era posible bosquejar el retrato de tan gran caudillo. Resuelto sin embargo á no desistir de mi intento, y antes bien aguijoneado por las mismas dificultades, registré con esmero antiguas crónicas y anales para ver la luz que arrojan acerca de los hechos de **Hernando del Pulgar**; y habiéndome trasladado á la corte, aproveché la

ocasion que se me presentaba de solicitar documentos de algunas secretarías y archivos, y de buscar en las academias y bibliotecas las noticias que tanto anhelaba.

Quiso la buena suerte que dí al cabo con una obra compuesta por el mismo Pulgar, *el de las hazañas*, curiosa por el nombre del autor y por el héroe que en ella se ensalza (el famoso Gonzalo de Córdoba); y siendo muy escasas las noticias que acerca de dicha obra se tienen comunmente, y rarísimos los ejemplares de ella, me he decidido á reimprimirla por entero como un monumento histórico que no debe yacer en olvido.

Con no menos diligencia, aunque no con tan buena dicha, rastrecé el paradero de una historia M. S., en que se trataba de propósito de la vida y hazañas de Hernando del Pulgar; obra tanto mas apreciable, cuanto parece que tuvo por autores á dos parientes de aquel caudillo, y que probablemente tendrían á la mano documentos de la casa, que ya no existen. Mas no habiéndose hallado ni en Granada ni en Loja aquel precioso M. S., me ha sido forzoso contentarme con las noticias que de él se sacaron para trasladarlas á otra obra, que en razon de esta circunstancia adquiere mayor crédito (1).

---

(1) Titúlase esta obra *Historia de la Casa de Herrasti*, escrita por Don Juan Francisco Perez de Herrasti, oc-

Por estas breves indicaciones 'es fácil venir en conocimiento de que no ha estado á mi alcance escribir, cual fuera de desear, la vida del ilustre caudillo, satisfaciendo plenamente mi propio anhelo y la curiosidad de los lectores ; y que harto tiempo y trabajo ha sido menester para rebuscar aquí y allí datos y noticias , coordinar materiales, y presentar la imágen del insigne guerrero , ya que no completa, bastantemente parecida.

Su nombre, sus hazañas, sus singulares prendas, la patria en que vivió, aquella edad tan fecunda en portentos, convidaban naturalmente á dar al estilo y al lenguaje de esta obra cierta gala y lozanía, que no consintiera tal vez asunto mas severo ; y me ha parecido, no sé si con razon, que podia bosquejarse el retrato de un héroe de aquel temple con vivos colores y matices, que lejos de desfigurarle, contribuyesen á darle realce, movimiento, vida.

---

tavo señor de dicha casa, etc. Imprimióse en Granada, año de 1750. En esta obra se dice lo siguiente : "Hernan Perez del Pulgar y Osorio, Señor de la Casa de Pulgar, llamado *el de las hazañas* por las muchas que obró en la conquista del reino de Granada, de que hay escrito un libro entero (autores Don Martin de Angulo y Pulgar, y Don Gerónimo Sandoval; es M. S., y su fecha en Loja, año de 1650); y referirlas aquí todas, fuera asunto prolijo, aunque no dejaremos de tocar tal cual suceso.

# HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

## EL DE LAS HAZAÑAS.

---

“E porque es cosa justa é muy razonable á los que las semejantes cosas facen de les gratificar é memorar, en tal manera que otros viendo aquello trabajen de hacer semejantes autos de virtud y hazañas.....” Así se expresaba el Señor Rey Don Carlos I, al conceder á Hernan Perez del Pulgar singulares honras y mercedes (1); y si en todos tiempos y lugares se tuvo por loable costumbre perpetuar la fama de los claros varones, aun mas provechoso deberá serlo hoy dia, en que enflaquecidos los ánimos y deslustrada la gloria castellana, urge desenterrar del polvo la memoria de antiguos hechos, para que nos sirvan de estímulo y de ejemplo, ó al menos de castigo, sacándonos los colores al rostro.

Entre los muchos héroes con que se honra España, pocos habrá habido que llevasen á cabo tan grandes empresas y de fama tan pura y sin mancilla como Hernan Perez del Pulgar, cuya vida nos proponemos bosquejar en este estrecho cuadro: y pocos hay tambien de quien se tengan mas escasas noticias, no solo en naciones extrañas, donde apenas ha llegado el eco de su nombre, sino dentro de los términos de España, que ilustró con sus hechos.

Dos circunstancias singulares han contribuido, mal pecado, á que no alcance tan esclarecido varon la fama que

merece: por un extraño acaso hubo en su mismo tiempo y en el ejército de los Reyes Católicos, y en el cerco y conquista de Granada, otro caballero del propio nombre, si ya distinto en edad, en calidad y estado; y no ha faltado quien confunda á Hernando del Pulgar, el cronista, con Hernando del Pulgar, el guerrero (2). En vano sus mismos compañeros de armas, testigos de sus proezas y esentos de ruin envidia y pasiones villanas, le dieron por sobrenombre *el de las hazañas*, para que en el trascurso de los siglos no pudiera confundirse con otro: casi ha llegado á ponerse en duda si tal vez ha existido.

La misma grandeza de sus hechos, que mas parecen propios de añejas cántigas y leyendas, para solaz y esparcimiento de la fantasía, que dignos de cautivar la admiracion en anales é historias, ha contribuido tambien en daño del que acometió tamañas empresas, que su posteridad bastardeada apenas las juzga posibles.

Acostumbrados á mirar como fabulosas las hazañas del caudillo griego, que ha debido su fama al sublime genio de un poeta: recelosos y desconfiados al oír en nuestros cantares las proezas de Bernardo y del Cid, abultadas por el tiempo y por la distancia, como que nos cuesta trabajo dar crédito á lo que de Hernando del Pulgar nos refieren los romances y las comedias, mas veraces en este punto que la misma historia.

Y para que no se imagine que nos deslumbra el brillo de su nombre, ó que tal vez miramos con sobrada aficion y apego lo que vamos á sacar á la luz del día (como por lo comun acontece á los que escavan la tierra, para desenterrar antiguos monumentos), cuidaremos de no asentar sino hechos verdaderos, auténticos, confirmados con tales

pruebas y testimonios, que la crítica mas suspicaz y descontentadiza no pueda negarles asenso.

Nació Hernan Perez del Pulgar, apellidado despues *el de las hazañas*, en Ciudad Real, provincia de la Mancha, el martes 27 de julio del año de 1451 (3); pudiéndose gloriarse de tan noble cuna como que por el lado paterno descendia de un antiguo solar de Asturias, en el lugar de la Cortina, Concejo de Lena, donde era tenido su linage por uno de los buenos entre los mejores (4); y por el costado materno de la esclarecida estirpe de los Osorios, pues no menos que su propia madre, Doña Constanza García y Osorio, era hija del Comendador de Socobos y nieta del Marques de Astorga (5).

Poco ó nada se sabe de la infancia y adolescencia de Hernando del Pulgar; como si le hubiese cabido en suerte que no constase de su vida sino sus hechos mas notables, quedando sepultado en el olvido su principio y su término. Solo puede conjeturarse que nacido en un siglo en que por todas partes despuntaba el amor al saber, y cuando los caballeros de Castilla manejaban con no menor destreza la pluma que la lanza, recibiria probablemente una educacion esmerada, á gusto y sabor de aquellos tiempos, y como á tal persona convenia. De lo cual ofrece no pequeño indicio el haber subsistido hasta el dia de hoy un libro en letra antigua, *escrito del propio puño de Pulgar, el de las hazañas* (como en su cubierta se expresa, y custodiado como tal en el mismo archivo de su casa (6)); en cuyo libro se contienen máximas y preceptos morales y retazos de historia, asemejándose no poco en su estilo y contexto á otros libros manuscritos de aquella época, en que tal afan habia por las obras de antiguos filósofos, buscan-

do tesoros de doctrina en las ruinas de Grecia y de Roma.

Aun mas claramente se echa de ver la noble aficion de Pulgar á estudiar los sublimes modelos que aquellas naciones le ofrecian , cuando se advierte con cuanta satisfaccion alude á ellos en el breve resúmen histórico que dió á la estampa , y del cual se hará despues mencion ; siendo , en mi juicio , harto mas que probable , que habiendo nacido dotado de imaginacion fogosa y de corazon altivo y magnánimo , el ejemplo de los héroes de la antigüedad , cuya virtud y grandeza admiraba , despertaria desde muy temprano en su pecho el ardiente deseo de imitarlos.

Pero el mejor doctrinal y espejo para el mozo Pulgar debieron ser los hechos y costumbres de sus pasados , leales á sus Monarcas , celosos del procomunal , apercebidos siempre y dispuestos á derramar su sangre en defensa de la religion y de la patria. Ya desde muy antiguo , como nacidos en la cuna de la libertad castellana , habian merecido por ello mucha estima y renombre (7); siendo tal el aliento y constancia que distinguian á los de aquella estirpe (cual si se transmitiesen de padres á hijos con la propia sangre) , que tenian por escudo y blason un guerrero armado de punta en blanco , empujando con su espada el muro de una torre , y en derredor este orgulloso lema , de quien seguro de su esfuerzo desafia á la fortuna : *"el pulgar quebrar y no doblar."*

De la misma boca de su padre oia embebecido el mancebo los claros hechos de sus mayores ; y quien viera á aquel anciano , mal recobrado de sus heridas , y previendo con ánimo tranquilo que le iban á arrastrar al sepulcro , referir á su hijo las hazañas de sus abuelos ; quien contemplára al jóven Hernando , pendiente de los labios del padre , enter-

necerse , retemblar , demudarse , sin poder contener dentro del pecho sus generosos ímpetus , bien pudiera prever desde entonces que aquel gallardo mozo estaba destinado á realzar el lustre y esplendor de su casa.

Oia sobre todo con especial ahínco , si ya con visos de emulacion honrosa , las hazañas de su bisabuelo Hernando del Pulgar , que llevó cabalmente su nombre , doncel del Señor Rey Don Juan el I , y que si bien compartió la escasa fortuna de aquel Príncipe en lides y batallas , ganó para sí fama y renombre en la guerra contra Portugal (8).

Con no menor esfuerzo , y al principio con mas próspera suerte , peleó largos años Pedro del Pulgar , hijo de aquel guerrero , señalándose en reencuentros y asaltos , en la toma de ciudades y villas ; hallando al fin gloriosa muerte en el mismo campo de batalla (9).

“;Dichoso mil veces mi padre (decia con lágrimas en los ojos el buen Rodrigo Perez del Pulgar á su hijo) : murió á manos de infieles , peleando contra los enemigos de su religion y de su patria..... Dios le llevó á su gloria. Aquel, Hernando mio, aquel sí que era un noble; pundonoroso y liberal, tan valiente como cortés; su palabra valia por mil juramentos, y su espada estaba siempre pronta en favor del menesteroso y desvalido..... Mil veces me lo repitió en sus postreros años; que no parecia sino que el corazon le pronosticaba nuestras desventuras : aciagos tiempos te han cabido en suerte, hijo mio, y no verás en Castilla sino alteraciones y escándalos..... Pero cuenta, Rodrigo, con empañar tu fama; sé siempre fiel al Rey y celoso del bien de tu patria; que si el cielo te depara desdichas, quien estuvo lejos de merecerlas bendice la mano de Dios, y las sobreleva con buen ánimo!»



“Así me decía mi buen padre (proseguía el anciano), que me parece ahora mismo que estoy oyendo sus palabras; y bien; hube menester, hijo mio, no borrarlas de la memoria, cuando vi cundir en Castilla la llama de la guerra civil y abrasarlo todo y consumirlo..... Yo he visto con mis propios ojos (grima me da el pensarlo) pelear deudos contra deudos, hermanos contra hermanos, padres contra hijos; y habiendo guerreado contra los enemigos de la fé hasta en la misma Vega de Granada, fue tal mi mala suerte, que escapé salvo de tantos peligros, para verter mi sangre á manos de españoles..... Dios los perdone, hijo mio, y te libre á tí de tamaña desdicha (10)!”

Ni una sola vez pudo proseguir el anciano, al recordar cómo habia sido herido en la defensa de Ciudad Real, cuando la acometida del Maestre de Calatrava (11); mas como advirtiese el buen viejo que su hijo Hernando se alligia, procuraba serenar el rostro, y estrechando su diestra con la suya (como del padre del Cid nos lo refieren): “esta, hijo mio, no blandirá la lanza sino contra los enemigos de Dios y de tu patria; mas cuenta no lo olvides (y le apretaba la mano con mas fuerza), ya sabes el blason de los tuyos: *“el pulgar quebrar y no doblar.”*”

No respondia el mancebo, ni menos daba muestras de dolor ó flaqueza; antes bien besaba humilde la mano de su padre, y le pedia su bendicion, seguro de llevar con ella la del cielo. Y acostumbrando el cuerpo á la intemperie y los trabajos, acreciendo las fuerzas con el rudo ejercicio de la caza, y llevando sobre sí las pesadas armas (que apenas con afan y sobrealiento pudiéramos nosotros levantar de la tierra), fue adquiriendo aquel temple y vigor que habia de ostentar algun dia.

Aun era mozo Hernando cuando lloró la muerte de su padre: buen caballero, á la antigua usanza de Castilla, y de tantas y aventajadas partes, que fuera aun mayor su renombre, si tan en breve no le eclipsára el hijo. Pues decir la pena y amargura con que lamentó este aquella dolorosa pérdida, sin que nada bastase á consolarle, seria cosa no menos árdua que enojosa; habiendo tenido la buena dicha, para que no acabase el dolor de quebrantar su ánimo, de que muy luego le sacase de su postracion y desaliento el sordo rumor de las armas.

Habia nacido Hernando del Pulgar en tan buena sazón y coyuntura; que le duraba, al llegar á la edad viril, el horror que despertáran en su ánimo las revueltas y discordias civiles, cuando exhaustos los pueblos, desmandados los nobles, el trono mal seguro, se desgarraba el reino con sus propias manos; y al mismo tiempo en que se miró huérfano, dueño de mediana fortuna y cabecera de su ilustre casa, vió Pulgar que se iba despejando el cielo de Castilla, y que las prendas y virtudes de la Reina Doña Isabel presagiaban largos dias de prosperidad y de gloria.

Anublóse no obstante la común alegría, cuando apenas asentada en el solio aquella esclarecida Princesa: se amontonaron en derredor tantas y tan recias tormentas, hasta el punto de renacer en la propia tierra antiguas parcialidades y bandos, de traspasar huestes extrañas los opuestos confines del reino, y de disputarse la corona á punta de lanza en el mismo corazón de Castilla.

Entonces fue cuando por primera vez salió Hernando del Pulgar á probar en el campo sus armas; y con tan buen éxito hubo de hacerlo, que sin mas recomendacion que su espada, y cuando apenas entre tanta muchedumbre

de guerreros se distinguian los capitanes mas esforzados, logró un simple escudero llamar la atencion de los Reyes, que fáciles y prontos á galardonar el merecimiento, le nombraron *continuo de su casa* (12).

Pasó la avenida de males que amenazaba sumergir el reino : volvió el francés vencido á encerrarse en sus límites ; reconoció Portugal , tras uno y otro escarmiento , á la Reina proclamada en Castilla ; allanóronse poco á poco los ánimos soliviantados ; y comenzó la potestad real á recobrar su robustez y fuerzas , cifrando su salud en las leyes. Con lo cual alejado uno y otro peligro , tornó Pulgar á sus hogares , honrado y satisfecho , atento siempre el oido y la mano en la espada , para acorrer al punto que oyese la voz de sus Reyes.

Poco tiempo habia trascurrido , cuando causó en toda España no menos sentimiento que escándalo el que hubiesen quebrantado los moros las asentadas treguas , tomando de rebato á Zahara , y poniendo á hierro y fuego casas y moradores (13). Increible parecia que los que no habia muchos años vieron talar sus campos , casi á las mismas puertas de Granada , y hubieron de comprar con vil precio la paz que demandaban , ostentasen ahora tanta avilantez y descuello , que provocasen de propósito las armas de Castilla. Mas así que se tuvo certeza del lamentable acontecimiento ; y que la voz y fama abultó sus horrores , sonó por todo el ámbito del reino un grito de sorpresa y de indignación , como el que arroja el hombre honrado al verse acometido por un asesino alevoso.

Sin tregua ni respiro (¿ á qué aguardar el mandato del Rey para lavar tamaña afrenta ? ) voló el marques de Cadiz á tomar en los infieles pronta y cabal venganza ; y casi

al mismo tiempo que se supo la pérdida y desastre de Zahara, llegó la nueva de la toma de Alhama, ganada por aquel caudillo en el corto plazo de una noche (14).

Rebosó en Castilla el contento, al correr de boca en boca la inesperada nueva: celebróse en ciudades y villas con regocijos y alegrías; pero los prudentes Monarcas, anteviendo las resultas de aquel suceso, y sin dejarse desvanecer por los humos del triunfo, apellidaron los caballeros principales, demandaron auxilio á los pueblos, y ordenaron acudir con presteza en socorro de Alhama.

Estaba cabalmente circundada por todas partes de pueblos enemigos, en el riñon del reino de Granada, y á pocas leguas de la capital; y si bien blasonaba de fuerte (no tanto por sus muros, cuanto por lo quebrado y áspero del terreno, enriscada sobre una cumbre, cerros por torres, y por foso un rio), no bastaban los guerreros que la habian conquistado, á defenderla largo tiempo contra un torrente de enemigos.

Túvose luego aviso de que el Rey de Granada en persona se habia puesto otra vez sobre la ciudad con numerosa hueste, resuelto á no alzar mano de la empresa hasta recobrar á todo trance aquella joya de su corona. Y en tamaño apremio y conflicto, quiso la buena suerte que recordasen los Reyes de Castilla el esfuerzo de aquel mancebo, que ya habia grangeado prez y renombre en la guerra contra Portugal. Recibir el mandato del Rey, y volar Hernando del Pulgar en socorro de Alhama, todo fue un solo punto: no llevaba, es cierto, la numerosa hueste con que habia acudido al mismo intento el famoso duque de Medina Sidonia (al fin Guzman el Bueno), mas digno de admiracion y loa por ahogar en aquel trance antiguos re-

sentimientos y quejas , acudiendo en defensa de su rival, que por haber vencido tantas veces á los enemigos: ni podía competir en séquito y boato con tantos caballeros de cuenta. Pulgar venia solo , sin más compañía que un fiel escudero , la armadura lisa , pero de buen temple , el caballo con sencillos arreos ; la misma espada de su padre: «A esta guerra van á acudir (decia hablando consigo mismo) los caballeros mas ilustres , lo mas granado del reino , los que traen bajo sus banderas un ejército de vasallos.... Tú no tienes , Pulgar , más que tu brazo ; mas por la gloria de mis padres ( y le hervia la sangre en las venas) , que he de morir en la demanda , ó he de ganar mas fama que todos los caballeros de Castilla.»

Y con este anhelo y propósito se entró resuelto en la ciudad de Alhama , á tiempo que mas arrojaba el peligro (15) , acosados los cristianos de la sed y del hambre , sitiados por la hueste enemiga , y sin mas esperanza que la de Dios para librarse del cautiverio ó de la muerte.

Por horas , por instantes , iba apremiando el riesgo: desfallecian el ánimo y las fuerzas de los guerreros mas famosos , con tantos trabajos , vigiliass , rebatos , necesidades y peligros de toda especie; á punta de espada y no sin riesgo de la vida , tenian que buscar el agua en la misma corriente del rio (16) , bebiéndola no pocas veces mezclada con la propia sangre; escaseaban los mantenimientos; acudian de tropel las enfermedades , mas destructoras y temibles que el hierro de los enemigos ; y en tamaño apuro ofrecióse Pulgar á salir solo , amparado de la noche , para ir en demanda de auxilios , y volver con ellos á la ciudad. «Ánimo; compañeros (les dijo con voz esforzada): dentro de breves dias vuelvo á salvaros ó á morir con vosotros.»

La fortuna, que desde los primeros pasos se le mostró propicia, le allanó el camino para salir de Alhama y pasar por en medio de los enemigos; y trepando por uno y otro monte, sin mas escolta que su espada, ni mas favor y guia que el auxilio del cielo, llegó á la ciudad de Antequera, donde se aprestaban auxilios y mantenimientos para acorrer á Alhama, si bien no con tanta presteza como lo premioso del caso requería.

No escaseó Pulgár súplicas, ruegos, instancias, y por mayor acicate y estímulo su propio ejemplo; en tal manera que desde á pocos dias salió con abundantes provisiones, capitaneando unos cuantos guerreros que se habian ofrecido á seguirle en tan difícil y aventurada empresa.

Con lágrimas de compasion y de ternura los acompañó muchedumbre de gente hasta fuera de las puertas de la ciudad; como despidiéndose de ellos por la vez postrera: caminaron luego en buena orden; algunos de á caballo delante, á fuer de exploradores, las acémilas resguardadas en medio, y detras buen golpe de gente, caballos y peones.

No aconteció cosa notable durante algunas leguas, aunque ya les causaba no pequeño embarazo y molestia lo agrio y estrecho de las sendas, las cargas y el fardage, lo riguroso de la estacion, ventisca y aguaceros; mas al desembarcar de pronto á los llanos de Cantaril, y como apareciesen cubiertos de una nube de moros y resonase por los vecinos montes su grito y vocería, arredráronse los cristianos al contarse tan pocos; comenzaron á remolinarse, á desordenarse, á ciar.... Acudió Hernando al punto, animándolos con su voz y su ejemplo; pero apenas echó de ver, con no menos indignacion que sorpresa, que miraban mas por la conservacion de la vida que por la quiebra de la honra;

“¿qué hacéis, cobardes, qué hacéis? ¿De cuándo acá los moros han visto á un castellano las espaldas?..... Mas si venis huyendo de la muerte, mas cerca la tenéis.» Y en diciendo esto, arremetió por medio de los suyos, hiriéndolos con su propia lanza, y empujándolos contra el enemigo. El arrojamiento del caudillo, su ejemplo, sus palabras acerosas, mas penetrantes que sus mismas armas, restauraron como por encanto el ánimo de aquellos guerreros; y revolviendo como un torbellino en contra de los moros, barrieron la llanura y los arrojaron á los montes (17).

Desembarazados de enemigos, que apenas se mostraban despues guarecidos entre las peñas, continuaron los castellanos su peligrosa via, yendo Pulgar delante, con rostro tan sereno, cual si ya hubiese olvidado su reciente proeza; y como advirtiese el caudillo que los suyos no osaban mirarle, avergonzados y pesarosos, los alentaba con afable ademán, apellidando á cada cual por su propio nombre, y celebrando su valor y esfuerzo.

Por barruntos y lenguas habia cuidado Pulgar de dar aviso á los de Alhama de su pronta llegada, para que no decayesen de ánimo; y como conocia á palmos la ciudad y su tierra, se fue acercando con recato antes que despuntase el dia; y sobrecogiendo á los moros entorpecidos con el frio y el sueño, rompió por medio de ellos y llegó al pie del muro.

Apenas tuvo tiempo el conde de Tendilla, alcaide á la sazón de aquella fortaleza, para salir al encuentro de Pulgar, abrazándole en las mismas puertas; y fue tanto el júbilo y el gozo de cuantos en Alhama se hallaban, rendidos de cansancio, escasos de sustento, y lo que es mas, ya faltos de esperanza, que apenas daban crédito á sus propios

ojos, lloraban de ternura, bendecian á sus libertadores; mas como si estos sintiesen cierto rubor y empacho al recibir tantas alabanzas, y no bastantemente merecidas, volvíanse en silencio hácia Pulgar y le señalaban con la mano.

Iba el esforzado caudillo sin desvanecimiento ni ufanía, al lado izquierdo del buen conde, que le apellidaba á boca llena salvador de aquella ciudad, y le ofrecia á nombre de los Reyes colmados dones y mercedes: «Vamos á dar gracias á Dios, que á él se le debe todo,» confestó en voz baja Pulgar, y encaminó sosegadamente sus pasos hácia la mezquita mayor, recién convertida en iglesia.

Los dias que se siguieron al de su llegada, bien puede decirse que fueron para aquella ciudad como de regocijo y de fiesta; que no parecia sino que se habia horrado la memoria de tantos males, y que habian desaparecido los riesgos; mirábase la ciudad como salva, y tanta era la confianza que en el esfuerzo de Pulgar tenian, que siempre y cuando apremiaba la urgencia, bien fuese necesario demandar socorros, bien procurar mantenimientos, ó hacer entradas y correrías en tierra de enemigos, encomendábanlo á Pulgar, cual si fuese fiador del buen éxito (18).

Esento de rivalidad y de envidia, que no caben en pecho hidalgo, admiraba el generoso conde la bizzarria de aquel mancebo; y no queriendo retardar (que hasta la sombra de ingratitud es deshonra y mancilla) la recompensa de tan señalados servicios, concedió en nombre de los Reyes á Hernando del Pulgar ciento y cincuenta yugadas de tierra, calles, casas, heredamientos, en aquella misma ciudad que habia salvado con su esfuerzo; confirmando luego los Reyes aquella merced, y en términos tan liasonjeros, que valian mas que los mismos donés, hasta el



punto de escribir á Pulgar, para que en todo tiempo quedase de sus hechos memoria : *“que se debia á su industria é valor la conservacion de Alhama só su poderío (19).”*

Tan importante se creia la guarda de aquella ciudad (como si fuese una atalaya en medio del campo enemigo), que en algunos años, mientras se iba apretando poco á poco el cerco de Granada , no la perdió de vista aquel prudente Príncipe ; y creyéndose seguro de poseerla en tanto que estuviese Pulgar dentro de su recinto , le ordenó que se quedase en compañía de don Luis Osorio, deudo de aquel caudillo por el lado materno, á quien habia encomendado el Rey la custodia de aquella fortaleza.

Obedeció Pulgar , ya que no de buen grado , porque reputaba como descanso y ocio velar en defensa de una ciudad amenazada del hambre y del asedio ; y por via de recreacion y esparcimiento , salia fuera de los muros y desahogaba los pueblos fronteros , volviendo siempre cargado de cautivos y de despojos.

Con impaciencia , si es que no con ira , oia Pulgar encerrado en Alhama los continuos reencuentros , ya prósperos , ya adversos , de cristianos y moros en la afanosa guerra de Granada : el descerco de Loja , con desdoro del pendon de Castilla , y no sin riesgo del Rey mismo , á quien salvó su propia espada (20) ; el desastre de los montes de Málaga , que cubrió de luto á todo el reino ; y en cambio la toma de Ronda ; el recobro de Zahara ; la rendicion de cien pueblos y fortalezas : mas tal era la índole de Pulgar y tal la disposicion de su ánimo , que se le saltaban las lágrimas de indignacion y pena , cada vez que escuchaba que los suyos habian sido vencidos , y no podia sobrellevar con pa-

ciencia que guerreasen y venciesen sin compartir sus lauros.

Hasta que sabedor de que el Rey tornaba al asedio de Loja, mejor apercebido que la vez primera (21), y acompañado de los capitanes mas famosos de que blasonaba Castilla, no pudo callar por mas tiempo, y demandó al monarca, como única merced y recompensa, ir á pelear á su lado: "que no es justo (decia) que el Rey exponga su vida, como lo hizo en aquel mismo campo, y que Pulgar esté á pocas leguas resguardado detras de los muros."

Otorgóle el Rey la gracia que pedia (en aquellos tiempos lo era aventurar un español su vida en defensa y honra de su patria); y apenas se vió Pulgar en el campamento del monarca, con tantos ingenios y pertrechos de guerra; la hueste numerosa; á centenares los caudillos, y cada cual de mas fama y merecimiento, no hallaba sosiego ni descanso hasta dar aviso de su venida con algun hecho señalado. Escaso triunfo le parecia concurrir con tantos guerreros á la toma de una ciudad; y llevado de su altiva indole, que le incitaba á empresas arriesgadas y singulares, concibió el designio de acercarse aun mas á Granada, y tomar una fortaleza de allí poco distante; mientras el Rey Fernando con su hueste terminaba la rendicion de Loja (22).

Traia Pulgar consigo, mas pagados de su fama que remunerados con sueldo, quince escuderos de gran ánimo, todos de buen linage, y resueltos, á acompañarle en sus empresas hasta perder á su lado la vida (23). Veíase Pulgar en medio de ellos con cierta satisfacción y complacencia, mas ufano que si se hallase á la cabeza de un ejército; y contando con su arrojo y denuedo, y llevando ademas para lo que acontecer pudiese un corto número de peones, enderezó sus pasos á la fortaleza del Salar, muy cerca-

na al camino de Granada á Loja, abrigada de montes, y defendida por el alcaide *Mahomad Almandani*, de mucha nombradía entre los moros.

Presentóse Pulgar delante de las puertas, y le intimó que se rindiese, respondiéndole aquel caudillo con altivez y menosprecio, como burlándose de tan loca demanda; pero Hernando del Pulgar, mal avezado á burlas, "*allá voy por las llaves*," gritó al osado moro: y mandando á los suyos que rodeasen la fortaleza, amenazando tomarla á escala vista, comenzó á aportillar el muro por la parte mas flaca, ansioso de abrir un resquicio por donde él entrase delantero. Atónitos miraban los infieles á aquel puñado de valientes (á ochenta no llegaban) proseguir en su intento sin tregua ni descanso, mal escudados con adargas, armados á la ligera, sin máquinas ni ingenios, recibiendo una granizada de piedras y de tiros. *Alá Achbar!* (Dios es grande!) gritaron de improviso, al ver caer desplomado al caudillo de los cristianos; y creyéndose en el mismo instante ya salvos y seguros, bajaron de tropel al campo á recoger los despojos de la victoria. Habia sido herido en efecto el temerario Pulgar, que aquel dia se salvó de milagro; porque firme como una columna, respaldado contra el muro, y aguardando con impaciencia la hora de penetrar en la fortaleza, habia escapado ileso de cien armas arrojadas, cuando un moro mas certero le arrojó una piedra con tal ímpetu, que dió con él en tierra. Cayó desatentado, que hasta los suyos le reputaron muerto; mas volviendo luego en sí, y atajando con un lienzo la sangre, "ya estan fuera de su guarida, no han de volver á ella": y embistiendo á los moros, mal recobrados del espanto y sorpresa, dió en ellos con tal furia, que ni lugar tuvieron para cerrar

tras sí las puertas. A un mismo tiempo las salvó el caudillo, revuelto con la turba de infieles, y sonó en la cresta del muro el grito de *Santiago y España*; rindiéndose aquella fortaleza á Pulgar y sus compañeros (24).

Mucho se regocijó el Rey Fernando, cuando por albricias del día de su santo patrono recibió, ya dentro de Loja, las llaves que Pulgar le enviaba; y regraciándole por ello, cual á tan gran monarca convenia, se las devolvió con corteses palabras, diciéndole en sustancia: que ninguno guardaría mejor aquellas llaves que el que con tanto riesgo de su vida las habia ganado.

Quedó de entonces Hernando del Pulgar como alcaide de aquella fortaleza, dándole la tenencia con las honras y acostamientos correspondientes para sí, para sus hijos y sucesores (25); y concediendo largos años despues los Reyes de Castilla, á ruego y peticion de la misma ciudad de Granada, que se perpetuase en el primogénito de aquella familia el título de *marques del Salar*, que hoy día llevan sus nietos (26).

Encastillado en su fortaleza, mientras se recobraba de la reciente herida, y creyéndose tan seguro en tierra de moros, como si se mirase señor de un alcázar en el mismo centro de Castilla, permaneció allí Pulgar durante algunos meses; mas no pudiendo avenirse á dejar ociosas las armas, ni perder ocasion por liviana que fuese de venir á las manos con los infieles, corrió muchos azares y peligros, saliendo airoso de arriesgadas empresas (27).

Aconteció por acaso un día, que dándole aviso un atalaya de que allá á lo lejos se divisaba una turba de moros, que llevaban al parecer unos cuantos cautivos, hombres, mugeres; niños, saltó Pulgar sobre su caballo, desaperci-

bido cual se hallaba, sin peto ni armadura, ni mas defensa que su espada; y dando escaso tiempo para que sus fieles hidalgos le siguiesen, corrió á rienda suelta por aquellos campos, sin reparar si le tenian armada alguna zalagarda, propia de aquella gente pérfida y alevosa; y apenas avistó á los moros, que á los míseros cautivos conducian, comenzó á gritarles con furia: "soltad la presa, perros, que Pulgar es quien viene por ella."

Cosa de pasmo pareció; porque al escuchar los infelices su acento, y al reconocerle á lo lejos, diéronse á huir desapareciendo, dejando libres á los infelices cristianos, que se abrazaban enternecidos, levantando los ojos y las manos al cielo.

Quedáronse en su guarda unos cuantos escuderos, de los que del Salar habian venido; pero no dándose Pulgar por satisfecho, se cebó tanto en seguimiento de los moros, que les fue picando el alcance, hasta bajar por cerros y altozanos á dar vista á la Vega. Greyéronse los alarbes seguros, así que divisaron de lejos las torres de Granada; mas vieron con espanto que Pulgar los seguia, hiriendo y arrojando á los que se quedaban zagueros; y apenas reparó el caudillo el punto en que se hallaba, hasta que le atajó los pasos el Genil caudaloso, que por aquellos campos iba torciendo el curso en busca de la sierra de Elvira (28).

Ahogóse mas de un alarbe, con el ansia de salvarse mas presto; y solo permaneció á la vera misma del agua un moro de gran cuenta, que no habiendo podido recabar de los suyos que siquiera volbiesen el rostro, y sonrojado de tal villanía, no quiso tornar á la ciudad, de donde en mal hora saliera, y dijo á Pulgar allegándose: "mas quiero ser tu cautivo que adalid de cobardes; dispon de mi libertad y

de mi vida.» «Una y otra te devuelvo, y mi amistad, si la tienes en precio,» contestóle gravemente Pulgar, alargándole su mano derecha: y tan prendado quedó el moro de aquella generosidad y cortesanía, que en el mismo punto y hora le hizo pleito homenaje de servirle fielmente por todos los dias de su vida.

A ley de caballero cumplió el moro aquella promesa; que no solo acompañó á Pulgar en mas de un trance peligroso, peleando brávemente á su lado, sino que á poco tiempo resolvió convertirse á la ley que ofrecia un modelo tan cabal de virtud y heroismo. Holgóse Pulgar dello, y se ofreció á ser su padrino, demandándole por merced el moro honrarse con su mismo apellido. *Pedro del Pulgar* le nombraron; y avecindóse años adelante en Granada, por no apartarse ni un solo dia de la sombra de su bienhechor. Favoreciéronle tambien los Reyes Católicos con dones y mercedes; y acompañándole hasta el borde del sepulcro el recuerdo de los beneficios (que es la memoria de los corazones honrados); dejó sus haciendas y bienes al mismo Hernando del Pulgar, á quien amó cual si fuese su hermano (29).

Mientras estas cosas sucedian, habiase entregado á concierto la ciudad de Loja, vencido el Rey Boabdil, debelada su hueste, desvanecida toda esperanza de socorro; y prosiguiendo los Reyes Católicos en su cauto designio de ir conquistando fortalezas y villas á la redonda antes de cercar á Granada (como el que una tras otra va cortando las ramas de un árbol, para herir mas á salvo el tronco); determinaron á la primavera siguiente mover su campo contra Velez, ciudad rica, suelo feraz, de temple apacible y suave, y el famoso puerto de Málaga de allí poco lejano

Así que llegó á Granada la fama de tamaños aprestos, y que el mismo Rey en persona venia capitaneando la hueste, tentáronse medios de concordia entre Abdilehi, *el Zagal*, y Boabdil (su padre Albo Hacén habia ya muerto); para quedando de mano á la cruelísima guerra que entre sí traian, revolviesen juntos sus armas contra el enemigo comun. No pudo recabarse del Rey Chico ni el corto respiro de una tregua; ya por la ojeriza y encono que contra su tio alimentaba, ó ya estuviese decretado por su fatal estrella que por todos medios contribuyese á la ruina y perdicion del reino; pero *el Zagal*, ó mas amante de su patria, ó mas celoso de conservar aquel renombre que su valor y esfuerzo le habian grangeado, allegó numeroso ejército, y marchó á su frente, resuelto á librar su corona al incierto trance de las armas (30).

Casi al mismo tiempo que el rey Fernando dió vista á Velz-Málaga, estendiendo su hueste por los vecinos campos y procurando abarcar la ciudad (31), llegó en su socorro el valiente rey de Granada, seguido de tanta muchedumbre de moros, que aparecieron pobladas como por ensalmo todas las sierras del contorno. Asentó *el Zagal* su campo en las cumbres de *Bentomiz*, latiéndole el corazon al divisar las banderas cristianas ondeando en la espaciosa Vega; que así las contemplaba, cual mira el águila allá desde las nubes la presa que imagina segura.

No con menos deseos de venir á las manos miraba á los infieles la hueste de Castilla; mas el Rey, como cauto y prudente, recordando el desastre de los montes de Málaga, (de que el mismo *Zagal* aun se ensoberbecia) resolvió aguardar ocasion oportuna, sin caminar á ciegas, llevado de los ímpetus del corazon. Lo que más que todo conve-

nia era adquirir noticia cierta de la posición del ejército enemigo, de su aparejo y de sus fuerzas, en tal manera, que si presentaba algún costado flaco, por allí se le acometiese.

No era fácil empresa acercarse á una hueste tan bien acondicionada y apercebida, con un caudillo experto, exploradores por el campo mas espesos que enjambre de abejas, y los cerros y colinas rodeados de escuchas y atalayas; mas en cuanto vino al pensamiento del Rey Fernando el nombre de Pulgar, ya respiró tranquilo. Hizole al punto venir á su presencia (que no habia podido permanecer en la fortaleza del Salar, habiendo en otra parte mayor riesgo), y le manifestó su designio, sin ordenarle empero de propia autoridad que de ello se encargase. Pero apenas lo oyó Pulgar, como si fuese la cosa mas llana y hacedera: "allá voy, Señor, ahora mismo á ver lo que hace el rey moro; y si se descuida, os le traigo." Contestóle el Rey con afable sonrisa, encargándole meramente que no aventurase mucho una vida de que tanto provecho y gloria esperaban sus armas, y que solo le concedia aquel permiso bajo condicion y palabra de que habia de llevar consigo algunos de sus escuderos, los que él á bien tuviese, dejando lo demas á su esfuerzo y prudencia, como quier que de aquella empresa iba á pender tal vez la salud del ejército.

No es posible adivinar el arte y traza que Pulgar se dio para (que los secretos de los héroes se los llevan al sepulcro) consigo): lo cierto es que tornó al campo cristiano, despues de haber calado muy adentro en las estancias de los moros, rastreando su posición y fuerzas, hasta convencerse por una y otra seña de que aprestaban alguna acometida.



Atónito escuchó el Rey Fernando las nuevas que el caudillo le trajo; y no queriendo confiar la suerte del ejército á su propio dictámen y consejo, ordenó que viniesen á su tienda los capitanes mas experimentados; el célebre marqués de Cádiz, que era como el alma de aquella guerra, el alcaide de los Donceles, el maestre de Calatrava, el de Santiago, aquel don Alonso de Aguilar, que coronó con su gloriosa muerte tantos hechos ilustres, y otros esclarecidos capitanes, la flor de los guerreros. Oyeron todos ellos de boca de Pulgar lo que por sus propios ojos habia visto; y como anduviesen poco conformes los pareceres, reputando unos como mas seguro aguardar de pie firme en los reales el embate de los enemigos, y creyendo otros de mas gloria y ventaja salirles al encuentro, á tiempo que se descolgasen de los montes, tanto pudo Pulgar con su persuasion y eficacia, que al cabo se arrimaron todos al dictámen mas arrojado, logrando llevar tras si la voluntad del Rey. "Yo iré delantero, como que sé el camino (dijo Pulgar á aquellos capitanes); y en el mismo punto y hora que bajen los infieles al llano, daré el grito de *cierra España!* y no hay mas que acabar con ellos."

Apercibióse en secreto la hueste para alzar los reales y acometer de imprevisto á los moros, antes que alborcase; encendiéronse aquella noche los mismos fuegos en el campo, para que no se echase de ver que se habia levantado; y acercándose el ejército á la sordá, apenas si se oia el confuso rumor de los pasos. Bajaban á la par los moros desde una y otra cumbre, creyendo hallar desapercibidos á los cristianos, y cebarse en ellos como tigres en un rebaño; pero apenas asentaron el pie en la llanura, y cuando la escasa luz del alba no les permitia distinguir los objetos,

oyeron de repente un clamor en el campo, sonido de trompetas, estruendo de caballos, de armas. Creyéronse perdidos: mas no por eso desmayaron: y poniéndose el Zagal á su frente, rompió por medio de la hueste cristiana, como quien corre en busca de la muerte, desesperanzado de triunfo.

Muchos valientes de uno y otro bando perecieron en aquella refriega: y á Hernando del Pulgar, que iba con ciego arrojado delante del ejército, le arrolló la avenida de infieles, y le llevó gran trecho, dejándole por muerto á los pies de su mismo caballo. Había este caído traspasado de heridas y lanzadas; mas levantándose el caudillo no sin trabajo y pena, roto el casco, falseada la adarga, cansado el brazo de descargar tan recios golpes, siguió cubierto de sudor y de sangre el alcance de los enemigos, que rotos y dispersos buscaban su salud en la fuga.

Mucha gloria y renombre ganó Pulgar en aquella jornada, de que tanta parte le cupo, no solo por haber desbaratado con su aviso la trama de los enemigos, cuanto por haber confirmado en el campo lo que persuadió en el consejo. Tuviéronselo en cuenta los Reyes, al honrarle despues con gracias y mercedes; y dejaron auténtica memoria de aquel señalado servicio (32).

Destruído el ejército moro, puesto en fuga *el Zagal*, y encerrado el mezquino Boabdil dentro de los muros de la Alhambra, abrió sus puertas la ciudad de Velez, recibiendo en sus torres el pendon de Castilla; mas antes que se resfriasen los ánimos de los vencedores, y que los vencidos recobrasen aliento, dispuso el Rey Católico emprender la conquista de Málaga (33), ciudad la mas poblada y opulenta del reino de Granada, situada orillas del mar,

puerto cómodo al abrigo de un monte, señoreado á su vez por una fortaleza y castillo.

Contaba el Rey Católico para la pronta rendición de aquella ciudad, emporio del comercio, con su misma riqueza y poderío; que el regalo y deleite suelen ablandar los ánimos, y mas cuando se toca el peligro de perder en un dia el fruto de largos afanes. Mas la firmeza del alcaide moro, digno de mas próspera suerte, mantuvo en pie aquella ciudad contra las fuerzas y el poder de Castilla; y sin contar con socorros de afuera, viendo blanquear en el mar velas cristianas y ondear banderas cristianas en la vecina playa y en los montes, poco satisfecho y mal seguro por parte de los moradores, que ya blandeaban, no menos determinó aquel valiente moro que sepultarse bajo las ruinas de la ciudad, antes que rendir las llaves á los pies de sus enemigos (34).

Conoció el Rey Católico, á fuer de sagaz y advertido, la barrera que oponia al logro de sus fines la voluntad de un solo hombre; y desconfiado de poder torcerla, tuvo por buen acuerdo enviar á la ciudad quien tantease los ánimos, poniendo de manifiesto una carta del Rey, en que les amenazaba con el cautiverio y la muerte, si no se daban á partido; y llevando en secreto recados y promesas para algunos moros de cuenta, que se mostraban menos rehacios que el obstinado alcaide.

Mas entrar en una ciudad enemiga, inquieta y desasosegada; ponerse un cristiano en manos de gente infiel y descreida, cuando hervian en estrecho recinto tantas y tan encontradas pasiones, requeria tal aliento y arrojo, que no era cosa de encomendarlo sino á persona de gran ánimo.

Allí á punto se encontraba Pulgar; que no parece sino

que tuvo al nacer por signo encargarse de empresas arriesgadas: y poniendo el Rey en sus manos (tanta era la confianza que en ellas tenia) la carta que enviaba á los moradores de la ciudad, amonestándoles que se rindiesen y amenazándoles de no hacerlo con rigurosa suerte, dióle secretamente, y la guardó el caudillo en su pecho, una carta para Alí Dordux, moro de gran riqueza y valimiento, que se habia mostrado de antemano inclinado á tratos de paz. La carta del Rey Católico decia de esta manera:

El Rey á Alí Dordux.

“Yo escribo á esa ciudad, segun vereis por la que envio con *Fernando del Pulgar*, continuo de mi casa; y pues vos, segun vuestro buen seso, habeis mas de mirar por el bien y seguridad de los de esa ciudad, por ser persona tan cuerda y tan principal en ella, por ende vos mando y encargo luego deis orden en que esa ciudad responda á lo que le escribo, conformándose con la razon é con lo que á la vida é seguridad de los de ese pueblo conviene; y en todo ello, pues que os tengo por mucho mi servidor, guieis y endereceis aquello que á mi servicio cumple, segun de vos lo espero: que por ello, demas de hacer vos lo que vos cumple, vos y vuestros parientes recibireis de mí mercedes. De la mi ciudad de Velez, á 1.º de mayo de 87 años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey, Fernando de Zafra (35).

Acompañado de un solo escudero, presentóse el gallardo nuncio delante de las puertas de Málaga: y mostrando que traía un mensage del Rey de Castilla, abrieron un rastrillo de allí á mas de una hora, y no sin mediar antes largos debates y contiendas dentro de la ciudad. Porque estaban tan discordes los ánimos, que no hallaban á ningun lado que volviesen la vista asilo ni esperanza; descaccidos

unos, alentados otros, inciertos y mudables los mas, la salvacion dudosa, inminente el peligro, apretando el dogal la hambre, amenazados de muerte ó servidumbre si la ciudad era entrada por fuerza de armas, y amagados desde la Alcazaba con destruccion y ruina si alojaban en la defensa.

Entró Pulgar, sin mostrar temor ni arrogancia, por medio de una apiñada turba: cubiertos estaban de gente los techos y azoteas, las puertas y ventanas, por ver al mensajero de Castilla, cuyo arrojo pasmaba los ánimos. Apenas de tiempo en tiempo resonaba á lo lejos algun clamor de *muera!* (sin que Pulgar tornase el rostro, para ver de donde partia); pero sucedia al punto un profundo silencio, mas terrible en la agonía de un pueblo que los gritos y amenazas de la muchedumbre.

Largo espacio tardó Pulgar en llegar á donde le esperaban los magistrados y próceres de la ciudad, encargados de su gobierno y su custodia: entrególes la carta que del Rey Fernando traía, exortándolos por su parte á que desistiesen de tan inútil resistencia; pero muy luego hubo de convencerse de que por mas inclinados que estuviesen á entablar conciertos de paz, les embargaba la voluntad y el ánimo el temor que tenian al alcaide de la fortaleza, quien amenazaba de continuo allanar la ciudad con el suelo, antes que verla, mientras él viviese, esclava en poder de cristianos.

A duras penas pudo conseguir el noble nuncio que dos de aquellos moros principales tomasen sobre sí el arriesgado encargo de subir á la fortaleza, para hacer presente al alcaide los pactos que ofrecia el Rey de Castilla, y el mísero estado en que la ciudad se encontraba; escasos

los mantenimientos, la mortandad crecida, los muros quebrantados.

Cúpole á Alí Dordux ser uno de los mensageros: y allegándosele Pulgar como por acaso, cual si le recomendase con mas instancia interponer con el alcaide su poderoso ruego, le dió con recato la carta que para él traía; siendo tal la turbacion del moro al recibirla, por temor de pagar con la vida si de los suyos fuese descubierto, que perdió la color del semblante, y sólo dió á Pulgar por respuesta levantar los ojos al Cielo.

Apenas estaría el sol á mitad de su curso, cuando aquellos moros subieron al castillo de Gibralfaro; y ya estaba Pulgar impaciente, viéndolo acercarse al ocaso, cuando tornaron cavilosos, graves, sin dar al castellano por respuesta mas que estas mesuradas palabras: "vuelve, caballero, á tu Rey; dile que la ciudad de Málaga se defenderá á todo trance; y si Alá ha decretado su ruina, sufrirá resignada su suerte." Quiso replicar el caudillo; mas atajándole la voz aquellos ancianos, le mostraron que iban á acompañarle hasta dejarle fuera de los muros, para ponerle á cubierto de algun desman ó desacato. No fue inútil esta precaucion, si bien á Pulgar le pesó de ella, repitiendo mas de una vez que bastaba su espada para abrirle paso; "pero no basta (contestóle gravemente uno de los ancianos) para impedir que caiga una mancha en ciudad tan noble y generosa."

Desasosegados andaban ya los ánimos con la tardanza de los mensageros, con las pláticas de gente turbulenta con las exortaciones de un Alfaquí, á quien miraban con profunda veneracion, cual si fuese enviado del Cielo; y al presentarse Pulgar para tornar á los reales cristianos, ha-

bíase levantado en la ciudad tal confusion y tumulto, que hubo menester el caudillo todo su aliento y brios, para no mostrar turbacion ni desmayo. Bramaba la turba; apiñábase en torno; le atajaba el paso: las oleadas de gente semejaban á las del mar; pero el esforzado guerrero refrenaba la impaciencia de su caballo, y proseguia sosegadamente por medio del bullicio, cual si se hallase en el seno de una ciudad amiga, y solo despertase la curiosidad de la plebe por la extrañeza de su vestidura y arreos.

Hasta la márgen del Guadalmedina, que por aquellas partes desemboca en el mar, acompañaron Alí Dordux y otros cuantos ancianos al mensagero de Castilla, mas cuidadosos de su vida que él propio; y encubriendo su temor y recelo, cual si en derredor le cercasen por agasajo y cortesía, le sirvieron de reparo y escudo contra mas de un dardo alevoso.

Despidióse el caudillo de aquellos venerables varones, no sin mediar algunas sentidas palabras acerca de los riesgos y peligros que les amenazaban; y volviéndose ellos á encerrar dentro de los aciagos muros, corrió Pulgar, á media rienda en busca de sus reales.

Habia salido de ellos el Rey Fernando, inquieto y desasosegado con la tardanza del caudillo: temia la escasa fé de los moros, el desenfreno de la plebe, la índole feroz del alcaide, capaz de enviarle por respuesta la cabeza del mensagero; y aunque no se escapase de sus labios ni amenaza ni queja, resolvía allá en su mente tomar de la ciudad tan ejemplar venganza, que quedase á los siglos memoria. No estaban mas serenos los capitanes que acompañaban al Rey; sin que osase ninguno de ellos tomar en sus labios el nombre de Pulgar, por no acrecer la inquietud

del buen Príncipe; y solo Gonzalo de Córdoba, mas mozo ó mas resuelto, no pudo contenerse por mas tiempo y dijo así al monarca: "mucho tarda mi amigo; y quisiera, antes que cerrase la noche, demandarle á esa aleve ciudad."

No respondió Fernando, si bien admiró en sus adentros los brios de aquel mozo, que ya daba claras muestras de lo que habia de ser un dia; mas como el mancebo le apremiase con nuevas instancias, para que accediese á su ruego: "allí viene Pulgar, si no me engaña mi deseo (contestóle alborozado el Rey); mas yo te empeño mi palabra y fé real de otorgarte en otra ocasion la primera merced que me demandes." No lo olvidó Gonzalo; y cuando años adelante fue menester con grandísimo riesgo llevar un mensaje á Granada, alcanzó esta gracia del Rey, sin mas que recordarle su promesa (36).

Cosa de ensueño parecia ver á Pulgar en medio de los suyos, sano y salvo de tamaño peligro: vino á su encuentro el Rey, y él se arrojó á sus plantas, ayudándole á levantar el monarca mismo para mas honrarle. Apartáronse, en señal de veneracion y comedimiento, cuantos allí se encontraban cercanos; y sin mas demora ni tardanza, dió Pulgar cuenta al Rey de lo ocurrido en la ciudad, y de las escasas esperanzas que habia de lograr su rendicion por plática y concierto. Con lo cual afirmóse el Rey en su designio de estrechar mas el cerco y entrarla á viva fuerza, si menester fuese; pero haciéndole pagar con lágrimas de sangre la muerte de cada cristiano.

Sabidos son, sin que sea necesario renovar la memoria de tantos desastres, los varios trances de aquel asedio, su duracion, su éxito; entregándose al cabo á merced aquella



ciudad desdichada, que ni halló en las armas el triunfo ni asilo en la clemencia (37).

Sujeta al yugo la ciudad de Málaga, hubieron de someterse igualmente los pueblos de la Sierra y Ajarquía, si bien de recia condicion y ánimo belicoso, avezados á sufrir los trabajos, el hambre, y á defender palmo á palmo sus empinados riscos: y una vez allanada al poder de Castilla toda la parte del reino de Granada que yace á poniente, resolvieron los Reyes Católicos suspender un momento las armas, para rehacer la hueste y acometer despues con mayor ímpetu por las regiones de levante (38).

Reinaba allí á la sazón Abdilhei, *el Zagal*, que vencido por los cristianos, y guerreado por su mismo sobrino, sin poder acudir al socorro de las ciudades amenazadas ni recobrar el mal perdido trono, estendia meramente su dominacion á las ciudades de Almería, de Guadix y de Baza, con las comarcas circunvecinas.

Las cadenas de montes que por allí se cruzan, hasta irse luego abajando hácia el mar, puertos y calas en la estendida costa, las asperisimas sierras de la Alpujarra como postrer refugio, y tres ciudades amuralladas, fuertes, resueltas á defenderse hasta el último trance, infundian tanta confianza al rey moro, animoso de suyo y alentado á la vista de su aguerrida hueste, que no menos soñaba en los devaneos de su ambicion que cerrar el paso al ejército castellano, arrollándolo hasta las fronteras, y revolver contra Boabdil, para lanzarle del trono que afrentaba.

Dentro de los muros de Guadix, como un león en su guarida, acechaba el Zagal por una parte lo que en Granada acontecia, aun no del todo perdida la esperanza de

que aquella gente movediza, instable, voluble con el viento de la fortuna, le aclamase otra vez por monarca; y se hallaba al propio tiempo en medio del reducido reino que su mala ventura le dejara, y á punto de acudir con sus guerreros, probados en la escuela de la adversidad, á detener y contrastar las armas de Castilla.

Presentáronse estas delante de los muros de Baza, despues de haber tentado acometerla, pocos meses antes, con mas arrojo que ventura (39); y como el Rey Zagal tuviese tanta confianza en el alcaide Cidi Hiaya, de stirpe real y gran merecimiento, encargado de la custodia de aquel baluarte, prefirió permanecer él en Guadix, desembarazado y pronto para acudir donde quiera que menester fuese, con ánimo resuelto de acometer á la hueste enemiga, cuando los rigores y fatigas del asedio hubiesen quebrantado sus fuerzas.

Pasaron meses y meses, sin adelantar los cristianos en el cerco de Baza: viéronse entonces, aun mas que en el largo trascurso de aquella tenacísima guerra, lo que pueden el valor y entereza contrastándose de una y otra parte, el amor á la patria, el celo de la honra, la religion, la ira, el odio amontonado en ocho siglos; mas sin desistir los cristianos de su propósito, y sin dar los sitiados indicio de flaqueza, así guerreaban y combatian con salidas, con asaltos, con reencuentros á la continua, como si en los muros de Baza se encerrase el destino de Granada.

Ceñida aquella ciudad por todas partes, y enseñoreados los cristianos del llano y de la sierra, veian impacientes como se prolongaba el durísimo asedio, cuando algunos guerreros generosos, mal avenidos con dejar un solo dia en descanso las armas, determinaron de propia voluntad, y con-

tando con el tácito consentimiento del monarca, hacer una entrada y correría por tierra de Guadix: y fue no poca ventura, ó por mejor decir, altos juicios del cielo, que llegase á oídos de Pulgar la secreta empresa que se apercebía, brindándose á concurrir á ella, como acontecia siempre que vislumbraba asomo de peligro.

Acogióronle con alborozo los demas guerreros, pocos en número; si bien de grande esfuerzo, entre los cuales descollaban por su nobleza y bizarría don Francisco Bazan, de lo mejor de España, y don Antonio de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque; y aprestándose todos con sigilo y recato, salieron del campo entre dos albas, y tomaron la via de Guadix. Tanta fue su presteza y buena dicha, que cayeron como nublado repentino sobre la comarca del *Zenele*; y por pronto que los moros apellidaron la tierra desde sus torres y atalayas, ya habian asolado los cristianos el campo á la redonda, incendiando pueblos, cautivando á sus moradores, y llevando la desolacion y el espanto hasta las mismas puertas de aquella ciudad.

Bramó el Zagal de ira, cual si viniesen á provocarle de intento hasta en su propio alcázar; y deseoso de vengar tanta afrenta, y esperanzado en que la rica presa y los despojos embarazarían el paso de los castellanos, y entorpecerían en su diestra el uso de las armas, ordenó que en aquel punto y hora saliese en busca de ellos un tropel de caballos alfaraces, siguiéndolos él de muy cerca para ser testigo del triunfo.

Mas confiados que prudentes, llevando en medio la balumba de cautivos y de rebaños, y habiendo de acudir á su guarda no menos que á defenderse contra el ímpetu de los enemigos, revolvieron los cristianos en busca de sus

reales con sobrada tardanza y desconcierto; pero cuando llegó á sus oídos que se acercaban á toda furia los moros que de Guadix venian, determinaron hacerles rostro, para llevar por galardón mas cumplida victoria.

Descubrirse á lo lejos una nube de polvo, escucharse la gritería de los alarbes, y cerrar contra los castellanos, todo fue un solo punto: mezclados peleaban guerreros con guerreros, y en tan estrecho espacio, que ni revolver los caballos podian ni manejar las lanzas: heríanse con espadas, con dagas, con puñales, aferrábanse con los brazos, mataban y morian.

A duras penas pudieron los cristianos salvarse de las garras de los infieles, que los abrumaban con el peso de la muchedumbre; y como los viesan alejarse un brevísimo trecho (aguardando la llegada de los suyos, para exterminar á man-salva aquel puñado de guerreros), empezaron estos á retraerse, no sin afán y angustia, por las ásperas sendas que dejaban las quiebras de los montes.

Ya se creyeron salvos, al hallarse reunidos en una garganta ó gollizo entre dos altísimas sierras: tomaron allí aliento, que bien lo habian menester despues de tan recia fatiga; y antes de que los moros les siguiesen mas de cerca el alcance, apresuraron el paso, ansiosos de salir sin demora de aquel apremio y estrechura. Mas allí era donde les aguardaba su mayor desdicha: habíase levantado la tierra, al rumor de la entrada de los cristianos; y ora los aguardasen en acecho (como circundan los monteros un cerró, para impedir que se escape la caza), ora se encaminasen los moros por aquella senda, para llegar mas breve á la comarca de Guadix, lo cierto de ello es, que al avistar los cristianos una breve llanada en que terminaba el recues-

to, encontraron amurallado el paso por un ejército de infieles.

Venian capitaneados, y no era esta la menor desventura, por los alcaldes mas famosos de la tribu de los *Zenetes*, de condicion tan belicosa y de ánimo tan levantado, que presumian bastar ellos solos á custodiar aquella tierra, á que habian dado nombre; y habiendo guerreado contra los cristianos no menos que por espacio de ocho siglos, desde que en mala hora pusieron el pie en nuestras playas, y arrinconados ahora dentro de los términos de Granada, habian jurado morir hasta el postrero en defensa de sus hogares.

Helóse la sangre á los cristianos, viendo cierta su perdicion: ni podian detenerse, ni adelantar un paso, ni volver el pie atrás; y como intentasen los caudillos animar á los suyos, para alcanzar á lo menos una muerte gloriosa, vieron por vez primera (rubor causa decirlo) que se les caían de la mano las armas. Hasta un soldado de gran cuenta, que como tal llevaba encomendada la enseña de la hueste, volvió cobardemente las espaldas y acabó de aterrar á los suyos: lo cual visto por Pulgar, y anteponiendo perder la vida á ser testigo de tal deshonor, descinóse una toca, anudóla á su lanza, y cayendo como un rayo sobre los enemigos, "*seguidme, compañeros, seguidme; aquí va el pendon de Castilla!*" Apenas dió lugar el guerrero á que los cristianos le oyesen; porque maravillados de su arrojo, y como viesen el blanquísimo lienzo ondear en medio de una turba de infieles, volaron en defensa de su compañero de armas, por no mancharse con borron tan feo.

Dios solo, sí, Dios solo, que en aquel momento los miró con ojos de misericordia, pudo salvar á aquel puñado de valientes, y hasta concederles el triunfo: no pare-

cia sino que un ángel los iba custodiando y arrollando á sus enemigos; tal era el desconcierto, el espanto que se apoderó de los infieles. En vano quisieron los alcaides mas esforzados reanimar el valor de los suyos; desbandáronse por los montes; salváronse en las breñas; no quedó uno en el campo sino muerto ó cautivo (40).

Los prodigios de valor que obró Hernando del Pulgar aquel dia, ni él propio fuera parte á contarlos: cada uno de sus compañeros encarecia despues lo que otro atestigüaba haber visto; cien veces se halló cercado de una turba enemiga; y se abrió paso con la lanza; y revolviendo su caballo hácia donde arreciaba la pelea, gritaba á los mismos infieles: *aquí va el pendón de Castilla!*

La noche y el cansancio pusieron fin á la refriega; y anteviendo Pulgar, tan prudente como esforzado, que si aguardaban en aquel parage á que clarease el dia, volverian los moros de su espanto, y los acometerian respaldados con los que de Guadix habian salido, aconsejó á sus compañeros, que ya como á caudillo le acataban, encaminarse sin tregua ni respiro á los reales de Baza, llevando cautivos y despojos por trofeo de aquella victoria.

Llegó el rumor al campo aun antes que los mismos guerreros; pero tan extraño y peregrino parecia aquel suceso, que el mismo Rey Fernando temia dar vuelo á la esperanza; por no recibir luego mas dolorosa recaída. Demandaba solícito el monarca cuántos eran los cristianos que habian salido de los reales; su calidad, su nombre, su intencion y designio; informábase cuidadoso de los pasos de aquellas sierras; de los pueblos de la comarca, de las fuerzas del enemigo; y mientras mas inquiria, mas se atinaba su desasosiego y zozobra; teniendo aquel buen Príncipe

por nuevo torcedor y tormento hasta el valor y arrojo de los suyos.

Sonó un grito en el campo de júbilo y sorpresa, cuando allá á lo lejos divisaron, sin atreverse todavía á dar crédito á sus mismos ojos, el reducido tercio de Castilla, que se acercaba lentamente, rendidos caballeros y caballos con tanto trabajo y fatiga. Ya se hallaban muy cerca, y aun era imposible reconocerlos; tan mudados estaban; rotos los escudos y cascos, destrozadas las armas, cubiertos de polvo, de sangre, del sudor de ardentísimo estío..... Venía delante un caballero, blandiendo en su diestra una lanza, y en el remate della una enseña desconocida; y como dudasen los capitanes quien fuese aquel soldado que parecia acaudillar la escasísima hueste; "que no vuelva yo á ver á Boabdil en mis manos (dijo el conde de Cabra), si no es aquel Hernando del Pulgar, que ha vuelto á hacer alguna de las suyas." *El es!* repitió al mismo tiempo un buen número de caudillos; y en el mismo instante resonó el nombre de Pulgar en todo el ámbito del campo.

Apenas dió lugar el Rey á que descabalgase el guerrero: el cual echó pie á tierra, aunque sin acertar á moverse ni articular palabra; y solo con la mano hizo seña á los alcides y demas cautivos para que se postrasen á los pies del monarca. En larguísimo espacio no se pudo saber con certeza lo que habia acontecido; tanto era el anhelo, el afán de enterarse de aquel suceso: abrazaban unos á los recién venidos: preguntaban otros por sus deudos y amigos; éste bendecía á Dios; aquel lloraba de ternura; mas en cuanto se supo, y por boca de los mismos guerreros, que solo al valor de Pulgar se debia la salvacion y el triunfo, agolpáronse en derredor los capitanes mas famosos.

“Ni una hora, ni un instante quiero estar sin pagar esta deuda:» (dijo á su vez el Rey, rebosándole el gozo en el pecho); y apenas pronunció estas palabras, ordenó á aquellos esclarecidos capitanes que formasen un cerco y dejasen en medio á Pulgar. No adivinaba el modesto guerrero la merced que el Rey queria hacerle; pero estaba tan turbado y como fuera de sí, al verse rodeado de la flor de Castilla, el monarca delante, la hueste toda fijos en él los ojos, que perdió la color del rostro, y hubo de apoyarse en su lanza.

“¿Qué tienes, Pulgar? (le dijo el monarca, con afable sonrisa en los labios): no te asusta un ejército moro; y te asusta el Rey de Castilla, cuando va á armarte caballero!» —; *A mí, Señor!* — “Sí, Hernando; y ahora mismo, y con mis propias manos, y en presencia de estos valientes; para que te sirva á ti de galardón y á los demas de ejemplo.»

Echóse Pulgar á los pies del buen Príncipe, y hasta hizo ademán de besarlos, sin poder contener las lágrimas que brotaban ya de sus ojos. “¿Quién de estos caballeros quiere ser tu padrino?» Aun no bien hubo pronunciado el Rey estas palabras, cuando todos á un tiempo reclamaron para sí aquella honra; mas como cada cual alegase su título, y no fuese cosa llana avenirlos ni satisfacerlos, determinó el Rey que lo fuesen el mismo don Francisco Bazan y don Antonio de la Cueva, que habian sido testigos de tan grande hazaña, compartiendo con Pulgar el peligro y la gloria.

Colocáronse á su lado entrambos caballeros, cubiertos aun con la misma armadura que habian traido del combate, á la vista de los alcaides y cautivos, amontonados aquí y allí trofeos y despojos: y tal fue la admiracion y el pas-



mo que se apoderó de los ánimos, que sin que mediase para ello ni ruego ni mandato, permaneció la hueste inmóvil, y se hizo en todo el campo un profundo silencio.

Demandó el Rey una espada al capitán Diego de Agüero, criado de su casa, que allí estaba cercano; y dando con ella á Pulgar tres golpes en la cabeza, le dijo en alta voz con noble magestad y compostura: "Dios nuestro Señor é el apóstol Santiago vos fagan buen caballero; que yo vos armo caballero;" y en diciendo esto, ordenó S. A. al duque de Escalona, don Diego Lopez de Pacheco, que calzase á Pulgar las espuelas, como lo hizo de buen talante aquel bizarro caudillo, calzándole unas doradas que él propio traía; fenecido lo cual, mandó el Rey á todos los capitanes que presentes estaban, que guardasen á Pulgar las honras y mercedes y privilegios que como á tal caballero le competían.

No dieron lugar los caudillos á escuchar cumplidamente el mandato del Príncipe; porque todos ellos se apresuraron á estrechar á Pulgar en sus brazos; y muy principalmente el famoso maestro de Santiago, don Alonso de Cárdenas, el mencionado duque de Escalona, y el insigne conde de Cabra, don Diego Fernandez de Córdoba, que autorizaron como testigos aquel solemne acto.

;Días de ventura y gloria, eternos en los fastos de España; cuando en el mismo campo, á la vista de tantos héroes, un poderoso Príncipe recompensaba una victoria con el solo título de caballero! Hoy se mendiga, si es que no se compra (41).

Aun no había transcurrido mucho tiempo despues que recibió Pulgar tan señalada honra, y todavía se hallaba el Rey Católico al pie de los muros de Baza, cuando como si

le punzase el deseo de premiar á Pulgar mas largamente, “demándame (le dijo) la merced que mas te cumpliere; para que eternamente quede memoria de tan grande hazaña.» No contestó el guerrero, hasta que por segunda vez se lo ordenó el buen Príncipe; y alentado por su afable ademán no menos que por sus palabras, le dijo al fin con sumiso comedimiento: “Puesto que tanto os empeñais, señor, en honrar á vuestro criado, holgárame de tener por armas y dejarlas á mis descendientes, la misma toca blanca que me sirvió de enseña.» — “De muy buen grado (contestóle el Rey); pero es menester que tu lanza sea un leon quien la sustente.» — Sonrojóse Pulgar al oír de la boca del Rey tan cortes alabanza; y haciendo venir el Príncipe en aquel punto y hora á su secretario Fernando de Alvarez, mandóle extender en favor de Pulgar el título mas honroso y cumplido, “*para que quedase memoria de sus méritos y virtudes* (como en el mismo documento se expresa), y concediéndole á él y á sus hijos y sucesores, *para siempre jamas*, el escudo de armas con que habia de honrarse su linage.

Desde aquel mismo dia (otorgó el Rey tan señalada merced en los postreros del año de nuestro Señor de 1489), llevó Pulgar por armas, y las vinculó en su familia, un leon de oro en campo azul, levantando una lanza en sus garras, y ondeando al aire en el extremo de ella una toca blanquísima; por orla del escudo once castillos, en memoria de los once alcaides que venció en la batalla; y por lema esta máxima, que eligió Pulgar mismo, y en que lejos de hacer alarde de su valor y esfuerzo, cuidó solo de recordar cuál debia ser la norma y pauta del varon honrado: “*tal debe el hombre ser, como quiere parecer* (12).”

Allanóse poco despues, realzando la heróica resistencia de los vencidos el renombre y prez de los vencedores, la célebre ciudad de Baza, que sufrió por espacio de siete meses los rigores de estrechísimo asedio; mas cuando perdió la esperanza de recibir socorro, y vió llegar al campo cristiano á la excelsa Reina de Castilla, la presencia de aquella muger singular hizo caer las armas de las manos á los infieles, y le abrieron de par en par las puertas (43).

Lo cual sabido por Abdilehi, *el Zagal*, quebrantado ya el ánimo para hacer rostro por mas tiempo á las triunfantes armas de Castilla, y mas enconado cada dia contra su pérfido sobrino, entregó á los Reyes Católicos las ciudades de Almería y de Guadix, único resto de su escasa dominacion; y pasando en persona al campo enemigo, y despues de regatear indigna recompensa, llevó á tal colmo su desdoro y su villania que compró el vano título y la sombra de Rey, desnudando el acero contra su misma patria. La historia ha conservado memoria de aquel hecho; mas tambien la conserva del ejemplar castigo (44).

Rendidas de un solo golpe tres ciudades, sujeta al poder de Castilla la dilatada costa, y asolada la Vega tras una y otra tala, íbase estrechando á tal punto el cerco de Granada, que bien puede decirse que dentro de sus muros se encerraban los vestigios y sobras del poder mahomefano. Reventó el descontento en la ciudad, al verse en tamaño conflicto: pidieron los valientes morir á lo menos con honra; bramó el inquieto pueblo; y el mezquino Boabdil, mal seguro en el trono, eligió como menor peligro empuñar de nuevo las armas.

La ocasion se mostraba oportuna; el riesgo urgía; brindábanse los pueblos. Ya se habian levantado contra el re-

ciente yugo de Castilla algunas villas y aldeas de la costa y del valle: andaban otros desasosegados, inquietos, apercebidos al combate; en tanto que la hueste cristiana deramada en vastísimo espacio, bastaba apenas á sujetar la tierra que pisaba. Hasta el mismo Rey Fernando se hallaba de allí lejos; y aprovechando Boabdil tan buena coyuntura, tentó el último esfuerzo, como la postrer llamada de una luz próxima á apagarse.

Con la flor de su ejército salió de la ciudad, por aquella amenísima parte en que el Genil y el Dauro se abrazan como hermanos; y cayendo de rebato sobre la fortaleza de Alhendin, tomola al paso, recorrió la llanura, y revolvió prestamente hácia los montes en busca de la costa. Habia tenido al principio intencion y propósito de arrancar del poder de los cristianos todos los castillos y fuerzas á la redonda, para que pudiese la ciudad respirar con mas desahogo; pero temiendo encontrar resistencia que le hiciese malgastar el tiempo, y ansioso de abrirse paso hasta la ribera del mar (para recibir los socorros que de Africa aguardaba) encaminóse á mas andar hácia el puerto de Almuñecar, penetrando con su ejército por aquella misma garganta á que despues dió nombre, cuando destronado y proscripto volvió por vez postrera los ojos á Granada (45).

Mas aun no habia llegado á mitad del camino, cuando le vino nueva de que se hallaba desapercibida la fortaleza de Salobreña, escasa de presidio, de mantenimientos, de agua; en términos que con solo mostrarse en el ameno valle que á su falda se estiende, le abririan las puertas del mal resguardado castillo, si bien fuerte de suyo, en la cima de un monte, áspera la subida de un la-

do, y guarecido por la parte opuesta con las olas del mar.

Corrió Boabdil á toda furia; y apoderándose de la villa, por entrega de los mudejares que en ella residian, supo que los pocos cristianos que dentro del castillo se hallaban, ni aun tiempo habian tenido de proveerse de mantenimientos, viéndose reducidos para apagar la sed en aquella estacion ardentísima al agua que les suministrase una escasa cisterna (46). Con ánimo y deseo de apretar mas y mas el dogal que los afligia, quitándoles de una vez toda vislumbre de esperanza, cubrió de gente el llano, enseñoreóse de la playa, ciñó el pie de los muros; y no queriendo comprar con daño de los suyos, si tentaba el difícil asalto, lo que el hambre y la sed iban á poner en sus manos, aguardó de un instante á otro la rendicion de aquel castillo.

Entre tanto no parecia sino que la fortuna habia vuelto un momento la espalda á los pendones de Castilla: ya se hallaban en poder del rey moro las fortalezas del Padul y Alhendin, sin que hubiese podido el Rey Fernando acudir con tiempo á socorrerlas; el famoso Gonzalo de Córdoba se habia encerrado casi solo en los flacos muros de la Malaha, aventurando con escasa gloria su libertad y vida, á trueque de evitar á su monarca nuevas pérdidas y sinsabores; y si bien el conde de Tendilla, Adelantado de la frontera, rompió por medio de la Vega con osada resolucion, para llamar sobre sí las fuerzas enemigas, supo con pesadumbre y desconsuelo, casi á la vista de la ciudad, que no podia volar al socorro de los puertos amenazados.

Próxima, segura, inminente, contaba ya su pérdida, cuando quiso la buena suerte que se le presentase un guerrero, de los que en aquella arriesgada empresa le habian

acompañado; ofreciéndose á partir en aquel mismo instante para acudir con otros pocos valientes en defensa de Salobreña, y salvarla del peligroso trance ó quedar sepultada en sus ruinas.

Pero mejor será (que no es fácil al cabo de tres siglos copiar fielmente un hecho semejante), oirlo de boca misma de un historiador contemporáneo, que refiere con candor y lisura lo que vió con sus propios ojos, y en lo que tuvo no pequeña parte.

"Y en aquel tiempo el conde de Tendilla, que capitán general en la frontera era, corrió á Granada; y de lenguas que tomó en la Vega supo como el moro estaba sobre Salobreña, con la gente de Granada y de las Alpujarras. E la villa entrada, estaba sobre la fortaleza, y aquello le certificaron en el escaramuza. E al conde aquí uno que llegó le dijo: Estos moros han dicho á vuestra señoría que la causa que al Rey llevó á Salobreña fue por la certitud que tiene de la poca agua y menos gente que está en ella. Yo iré, y con el ayuda de Dios en la fortaleza entraré; que con luego, Señor, ocurrir, se remediará lo que despues del daño venido no aprovechará. *Este* con setenta hombres, dellos escuderos, y los mas espingarderos y ballesteros, por el postigo á la fortaleza de Salobreña entró, al trocar de las guardas que los moros hacian al alba; los cuales la fortaleza combatian, donde no menos daño recibian que los cercados afan. Los de dentro soltaron un peon á declarar su necesidad de agua á don Inigo, que con él vinieron las ciudades de Málaga, Antequera, Loja, Alhama y Velez; y otros muchos caballeros y gentes que trujo por la mar al socorro, el cual con asaz daño que cada hora de la tierra les daban, estaba en el peñon junto á el

que es allí poco dentro en la mar; de él á la fortaleza no se puede mandar, habiendo en el arenal como estaba gran cantidad de moros que lo estorbaban. Y en el tormento deste peon, que al dicho capitan don Iñigo Manrique enviaba, supieron la poca agua y no vino que tenian, y como aquella por cuartillos se repartia. Testimonio de lo creer fue los caballos muertos de sed que del adarve abajo echaban; y con esto ovo causa tener esperanza haber presto la fortaleza. Los del cerco á menudo decian á los cercados con amenazas fieras breve serian entrados. Y que pues no tenian agua, se diesen y no esperasen tiempo á ser tomados por fuerza, lo que á la hora serian recibidos de grado con partidos provechosos, que el Rey en mansedumbre ventajoso les haria. *Aquel* que los setenta hombres metió, un cántaro de agua (de que bien poca quedaba) les dió; y en albricias del combate con que le amenazaban, fuese en la covacha, que era su estancia, les arrojó y dió una taza de plata; y el alcaide Bejir, alferrez del pendon real del Rey, le retificaba las amenazas con que furor mezcladas con mucha buena razon, poniéndole delante la toma del Padul y Alhendin, y el cativerio y muertes de aquellos que en ellas se tomaron. O señor alcaide (dijo *aquel*) sabed que vuestras amenazas no dan temor á la codicia que los desta fortaleza tienen de ser combatidos; porque si á vosotros conviene salir con vuestra empresa, estos caballeros y gente han de sostener su defensa: por ende certificad á S. A., de cuya parte, señor, venis, que antes moriremos defendiendo, que salvarnos rindiendo. Pues mas nos teneis cercados que combatidos, haciéndonos ruido y no fuerza; cá su Señoría verá como esta casa se le defenderá; y vuestras razones mas osadia que temor nos

añaden. E vuelta la habla á los cercados, lo que de la razon destos moros se toma (dijo *aquel*) es: que como hombres flojos en osadía mueven tratos, y cautelosos en engaños ofrecen cosas para dañar nuestras almas y mancillar nuestras honras: y no debemos desahuciar nuestra ayuda y no seremos de todas partes heridos con injuria; pues estan en este cerco mas por tentar nuestros ánimos, que ánimos tengan para sufrir vuestras fuerzas; las cuales bien como á los temerosos en el afrenta mengua, ansi los fuertes en el peligro acrecienta; y no nos deben poner espanto las palabras soberbiasas con que amenazan; que el temor que os tienen empedirá su hecho. Ansi que, señores, á nosotros conviene trabajemos con perseverancia en defendernos: cá mas son las cosas destos dar espanto que hacer daño; y aparejad los ánimos y manos, que al presente nos son necesarios para salvar las vidas y guardar las honras, y gozaos que á la puerta teneis el socorro con la persona real, y usad de vuestra loable fortaleza con sufrimiento de sed, cuanto podreis, y podreis cuanto quereis. Cá cuanto mayor es el peligro que el bueno defiende, tanto mayor gloria y fama se le debe. Fenecida la razon de *aquel*, todos fueron tan animados que á la hora deseaban combate, teniendo por cierto cosa alguna les podia ofender ni ser aquejados en él. E con esta esperanza gastaban tiempo en reparar sus adarves y contraminar las minas que por debajo de aquellos les dañaban. Luego á la fortaleza recio combate dieron, donde en él mataron á Mahomad Lentin, alcaide que fue de Cambil. La muerte del cual con muchos que allí mataron los entristeció; y pegado á esto creer el Rey tener agua, y mas nueva que le llegó los condes de Tendilla y de Cifuentes, y Rodrigo



de Ulloa, contador mayor de Castilla, con la frontera y Sevilla y Jerez en Almuñecar estaban, y el Rey que le despertaba la toma de Alhendin, recio vino á socorrer á Salobreña, y llegó á la Vega; y de camino al Val de Lecrin para tomar el paso de la entrada á Granada. El Rey della alzó el cerco, y por las faldas de la Sierra Nevada entró en ella; y al tiempo de levantar el real, el dicho don Iñigo Manrique con apresuramiento salió en tierra, y fecho fuerte en ella, ansi con tiros como con otros amparos, soltó gente ligera, que mató y cativó muchos de aquellos moros, que no se recogieron con el avanguardia dellos.»

El historiador que nos ha dejado esta relacion fiel y sencilla, es *Hernan Pérez del Pulgar*, cuya vida estamos bosquejando; y aquel guerrero desconocido; á cuyo denuedo y constancia se debió la defensa de Salobreña, y que con ella se desvaneciesen las esperanzas en que libraba su salud Granada, fue aquel mismo *Pulgar*, que ni siquiera nos reveló su nombre (47).

Tal vez no desplacerá á nuestros lectores cotejar con la relacion que precede la que nos dejó por su parte el famoso cronista de los Reyes Católicos (también Hernando y Pulgar de apellido), que refiere de esta manera el cerco y el descerco de Salobreña:

“Los moros que habían quedado por mudexares en la villa, pospuesto el juramentó de fidelidad que hicieron al Rey é á la Reina, dieron lugar al rey moro para que entrase en la villa, é ayudaron á los moros con armas é viandas, é las otras cosas que ovieron necesario para cercar la fortaleza. El alcaide que en ella estaba, puesto por Francisco Ramirez de Madrid, que tenia el cargo princi-

pal de aquella fortaleza, con otros algunos cristianos que entraron á le ayudar, se puso en defensa, é repartió las estancias en los lugares por donde los moros querian combatir. Sabido esto por don Francisco Enriquez, tio del Rey, capitan de la ciudad de Velez-Málaga, é por otros capitanes é alcaides que estaban en la comarca, vinieron para entrar en la villa, para la defender; pero no lo pudieron facer por la multitud de los moros, que por todas partes la tenian cercada. Visto por aquellos capitanes cristianos que no podian entrar en la villa, é que eran pequeño número para pelear con los moros, pusieronse en una peña que estaba cercana á la mar, donde ni los moros á ellos ni ellos á los moros podian facer daño; pero esfuertzaban á los de la fortaleza, diciéndoles que se detoviesen, porque prestamente vernia el Rey á los socorrer. Y en aquella manera los moros tovieron cercada aquella fortaleza, combatiéndola por espacio de quinze dias.»

“Sabido por el Rey como los moros tenian cercada aquella villa; é que el alcaide é los que con él la guardaban estaban en muy grande aprieto, por los continos combates que los moros les daban, partió de la cibdad de Córdoba con la mas gente que pudo haber, é apresurando su camino, llegó cerca de aquella villa por la socorrer. Sabido por el rey moro como el Rey venia con gente en socorro, luego alzó el real que tenia puesto, é volvió con toda su hueste para la cibdad de Granada, é así quedó aquella villa libre. Y el Rey y la Reina ficieron mercedes al alcaide é á los que con él estaban é la defendieron, por los trabajos que ovieron en la defender, é porque fueron constantes contra los combates que sofrieron, é miedos que les eran puestos por los moros que los habian cer-

cado. E aquí en esta fortaleza metió por un postigo el *alcaide Pulgar* en ella setenta homes. E habiendo falta de agua, por mengua de la cual los moros la esperaban tomar, porque perdiesen aquella esperanza, los fizo dende el adarve colgar un cántaro della; y en albricias del combate con que los amenazaban, les dió una taza de plata, que fue causa que como los cercados se esforzaron, los cercados se alzaron (\*).»

¿Pero qué testimonio mas solemne y auténtico de tan esclarecido hecho, que el que dió el Emperador y Rey don Carlos I, cuando hizo como reseña de las proezas de Pulgar, al tiempo mismo de recompensarlas? “Otrosí (decia al ilustre guerrero aquel poderoso monarca) teniendo el Rey de Granada cercada la villa y fortaleza de Salobreña, vos con setenta hombres entrasteis á la socorrer; *la cual entrada fue causa que el Rey de Granada no la ganase*; y teniendo el Rey certeza que no habia agua dentro, que era la causa por donde la esperaban tomar, á los que fueron á requerir con partido os diédeses, pues agua no teniades, vos les distes un cántaro de ella, quedándovos muy poca; é amenazándoos con combate, les distes porque vos lo dicsen una taza de plata; é dado el dicho combate,

---

(\*) E aquí en esta fortaleza. *Desde estas palabras hasta el fin del capítulo, falta en el M. S. del Escorial. Este alcaide Pulgar es el del Salar, de quien se habló en el cap. 3, y cuenta él mismo este suceso con alguna mas estension en el sumario de los hechos del Gran Capitan, pág. 12, aunque con la modestia de ocultar su nombre. (Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, escrita por su cronista Hernando del Pulgar, cap. 131, pág. 371, edicion de Valencia.)*

murieron muchos moros é pocos cristianos. Y visto por el Rey como tenían agua, y perdía mucha gente en el combate, alzó el cerco: y así alzado, vos salisteis con algunos, y disteis en los moros que en cabo de su real quedaban» (48).

Viendo cerradas para siempre las puertas del mar, vencido y acosado, recogióse Boabdil á Granada; creyéndose apenas salvo cuando se vió dentro de sus muros; en tanto que la hueste de Castilla, ansiosa de vengar los recientes ultrages, entraba á hierro y fuego la dilatada Vega, escarmentaba los lugares alzados, y lo allanaba todo á presencia del Rey. Mas como tuviese aviso aquel prudente Principe de que por la parte de levante trabajaban á la callada los enemigos por minarle la tierra, á punto casi de ponerse en armas las ciudades de Baza, Guadix y Almería, acudió prestamente á donde la tormenta amenazaba; dejando para estacion mas oportuna (ya asomaba la cabeza el invierno) poner cerco á Granada y dar cima á la empresa (49).

Pesaba allá en su mente aquel cauto monarca los riesgos, los obstáculos, los azares de toda especie; tratándose de una ciudad tan fuerte, populosa y ceñida de tres cercas de muros, por defensa mil y trescientas torres, la desesperacion por armas. Empero los capitanes que habían seguido el pendon real hasta las mismas puertas de Granada, no pudieron sin desabrimiento y pesadumbre volver otra vez las espaldas á ciudad tan famosa y aplazar por un año su anhelada conquista.

Sobre todo Pulgar, que no creía hallarse en su elemento sino escuchaba el rumor de las armas, se retiró con desplacer á la ciudad de Alhama, primer teatro de sus glorias. No una sola vez, sino muchas, en los devaneos